



MI CAMINO HACIA LA FENOMENOLOGÍA:
LA EXPERIENCIA FORMATIVA DEL ENCUENTRO

Ignacio Rojas Godina
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

177

No recuerdo la fecha exacta en la que conocí a Antonio, debió haber sido a inicios de 2002, en casa de Rodolfo Santander en Puebla. El motivo de su visita lo tengo muy presente: comenzaban los trabajos de traducción de los hoy recién publicados *Textos breves* de Husserl que Agustín Serrano de Haro y él coordinaron. También recuerdo que fue mi madre la que me introdujo en la conversación entre ellos tres, que curiosamente nada tenía que ver con cuestiones filosóficas sino con las dificultades para echar a andar al Círculo Latinoamericano de Fenomenología (CLAFEN) y a su segundo coloquio, el cual tendría lugar en mayo de ese mismo año en Colombia. Con dicha tarea entre manos, Antonio se había hecho cargo del sitio de Internet que desde entonces funciona como sede electrónica de CLAFEN, y había formado con sus miembros un foro en Yahoo! Groups para el que requería de cierta ayuda con las tareas de computo. Los pormenores son algo que ya no retengo en mi memoria, pero lo que sí sé es que, al concluir aquella charla, yo ya había comprometido mis rudimentarios conocimientos de programación y mi corta experiencia en diseño de páginas web al servicio de la fenomenología latinoamericana organizada.

En los meses siguientes Antonio y yo solo tuvimos un contacto esporádico, siempre vinculado a las labores muy propiamente encomendadas por correo electrónico. A partir de entonces compartí con él una cierta afición por artilugios informáticos, como el lector de base de datos "TomeRaider" para computadoras de escritorio y agendas electrónicas (PDA), en el que era posible consultar su "Glosario-guía para traducir a Husserl", o como "Notabene", programa en el que, entre muchas otras cosas, también es posible consultar el glosario, tal y como lo he hecho desde hace quince años.

Sin embargo, hacia los últimos días de julio de aquel lejano 2002 tuvo lugar uno de los eventos más decisivos de mi vida y al que Antonio quedaría unido para siempre por razones que vale la pena traer a cuenta, sobre

todo ahora que está tan cerca la posibilidad de cerrarse el círculo que fue abierto entonces. Ese verano fui aceptado en la Universidad Lyon 3 para cursar el tercer año de mis estudios de grado en filosofía y, a inicios de julio le escribí a Antonio desde Bruselas para hacerle saber que estaría unos días en aquella ciudad antes de viajar a Francia. En su respuesta, él me hacía saber que también se encontraba en dicha ciudad, pues estaba llevando a cabo una visita de investigación en el Archivo Husserl de la Universidad de Lovaina; y para mi sorpresa, me preguntó también si estaba interesado en acompañarlo. Gracias a los cursos y seminarios de Rodolfo Santander, en la Universidad de Puebla, había podido estudiar algunas obras de Husserl, de Scheler y de Heidegger; no obstante, y para ser honesto, en aquel entonces mis intereses filosóficos estaban orientados a la filosofía aristotélica y a Bergson. Pero, por otro lado, no podía dejar pasar una oportunidad como esa, así que, pese a ciertas dificultades, logré dar con el antiguo local del Archivo Husserl el día pactado y a la hora acordada.

178 Antonio me recibió afectuosamente y entramos juntos al edificio. Mientras él terminaba de transcribir los fragmentos de los manuscritos que se había propuesto consultar en aquella ocasión, yo comencé a deambular por el pequeño espacio donde estaban alojadas las mesas de trabajo para los visitantes del archivo sin darme cuenta de que los libros al fondo eran nada menos que parte de la biblioteca personal del propio Husserl. Solo hasta que pude leer en el dorso de uno de los ejemplares "Sein und Zeit", logré caer en cuenta de ello. En seguida, un encargado del archivo me indicó que se trataba del ejemplar que el propio Heidegger le había entregado a Husserl, lo abrió cuidadosamente para mí, y me leyó la famosa cita de Lessing que aparece en la primera página del texto, escrita de puño y letra por el propio Heidegger, y que reza así: "la más grande claridad ha sido siempre para mí la más grande belleza". Yo le hice saber que mis conocimientos del alemán eran casi iguales a cero; pero, para mi suerte, me dijo que existía una excelente traducción al francés de las notas marginales de Husserl en dicho ejemplar.

En el viaje de regreso a Bruselas tuve mi primera conversación filosófica con Antonio. Me compartió, con esa calma y buen tino que lo caracterizan para elegir las palabras correctas, algunos detalles sobre los manuscritos husserlianos que él había consultado aquel día. Me atrevería a decir que su interés por esos materiales estaba vinculado a la "empatía, la "afectividad" y el "colorido de la vida", como él lo llama; temas que ha desarrollado desde entonces en diferentes ensayos. Al descender del tren en la Estación Central de Bruselas nos dimos el adiós. Al día siguiente, adquirí las "Notes sur Heidegger" y con ello la suerte estaba echada. Durante los dos semestres que estudié en Lyon, así como el año y medio que me restaba de la carrera en Puebla, me dediqué en cuerpo y alma a estudiar a Husserl y a Heidegger.

Cuando finalmente decidí escribir mi tesis de licenciatura sobre los dos filósofos de Friburgo, me pareció obvio que Antonio debía formar parte de

los lectores de mi trabajo, no solo porque, para entonces, ya era un asiduo usuario de su mencionado glosario y de su diccionario de terminología husserliana, o porque había estudiado su "Historia de la fenomenología en México" y otros trabajos, como su primer ensayo sobre el lema "a las cosas mismas" y su artículo sobre la traducción de las "Ideas" hecha por Gaos, sino porque él había sido la causa eficiente que me puso en el camino filosófico que aún hoy transito.

Gracias a esta nueva experiencia pude conocer otra de las facetas de la vida y de la personalidad de Antonio, la del implacable revisor. A mi favor, debo decir que desde entonces no he dejado de fomentarla, y por consiguiente, de brindarle siempre excelsas oportunidades de seguirla desarrollando. Sus minuciosas glosas, sugerencias y correcciones hechas a mano, al margen de mi escrito con su pequeña y pulcra letra plasmada con pluma fuente de punta infinitesimal, fueron extraordinariamente aleccionadoras para mí. La claridad y la pulcritud de su escritura siempre me han parecido un reflejo consecuente con la claridad y la distinción de sus ideas expresadas con asertividad y severidad, aunque nunca faltas de un agudo sentido del humor.

Pero, como dije, el círculo que alguna vez se abrió debería cerrarse en algún momento, y por ello elegí a Antonio como mi director de tesis doctoral. Durante mucho tiempo, diferentes circunstancias me han impedido estar tan cerca de él como hubiese querido; sin embargo, en todos estos años hemos podido compartir momentos que me han permitido tenerlo siempre muy presente como una persona entrañable y cuya honestidad intelectual y entrega desinteresada a su labor filosófica en sus múltiples facetas, como investigador, como educador, como traductor, como editor y como promotor de la fenomenología, han sido siempre un referente para mis propias tareas.